

HISTORIAS DE LA LEGIÓN RECUERDO

Oscar Mendoza Sánchez

Germania – 11 A.C.

Mis ojos se abren. Lo primero que siento es una gélida sacudida. Estoy inmerso en agua caudalosa. Poco a poco la conciencia vuelve a mí y las imágenes borrosas que veo comienzan a tomar forma. A mí alrededor reina el Hades. Mi cabeza palpita dolorosamente. Me incorporo pesadamente, chorreando agua del feroz arroyo al tiempo que el caos y los gritos en torno mío me sobresaltan. Siento la adrenalina incendiar mi cuerpo como si fuera de paja seca. Giro en torno a mí para darme cuenta de la inmisericorde realidad: los bárbaros están sobre nosotros como feroces bestias. Los puedo ver por decenas luchando salvajemente contra mis compañeros, mientras cientos más surgen como escupidos de la oscuridad del bosque, ese bastardo amasijo verde y retorcido poblado por brujas.

Ahora lo entiendo todo. Seguramente la pesada roca de una honda me golpeó en tanto cruzábamos el cauce, caí del caballo y perdí el conocimiento por unos instantes. Poco a poco logro ver con mayor claridad. Mi montura me ha abandonado.

La batalla es encarnizada. La formación se ha roto a causa de la emboscada de estos salvajes de barbas largas y torsos pintados. Busco desesperadamente al centurión Demetrio, mas es imposible en el total desorden que se ha provocado. Puede que ya esté muerto. Es tarde para cerrar filas y tratar de imponer orden. Sin la disciplina con la que acostumbramos vencer a estos perros estamos perdidos. Trato de recordar los augurios del oráculo, mas nada me viene a la memoria.

Algo pasa zumbando agudamente junto a mi cabeza. Era una flecha. No hay tiempo para pensar en algo más, los salvajes siguen rompiendo las filas con ardiente rencor, bramando sus espantosos gritos de guerra. Dicen que eres afortunado si los llegas a escuchar dos veces en tu vida.

Veo a Marco Tulio salir del tumulto. Me grita algo. No llego a comprender lo que dice, pero la angustia y la tensión dominan su rostro. Ese mensaje sí que lo entiendo. Las palabras sobran, no es necesario decir nada ya que los hechos hablan por sí solos.

El casco me asfixia. Se me incrusta dolorosamente en la cabeza a causa del golpe que esa piedra me dio; sin embargo, me salvó la vida. Lo arranco presurosamente liberando la correa de cuero que se aferra a mi cuello y lo tiro casi con desesperación al agua que me llega a las rodillas. Al instante la fría brisa del viento me acaricia los cabellos empapados. Sin perder más tiempo estiro la mano. Tomo un escudo de la legión arrastrado por la corriente del arroyo, lo levanto y me doy cuenta que un pálido brazo cercenado aún se mantiene sujeto a sus correas. Casi siento pena por el pobre infeliz. Desprendo el mutilado miembro que se hunde en las aguas como una roca. Es en ese momento en que me doy cuenta que el agua del río está teñida de rojo por la sangre de los muertos.

Un vigoroso chapoteo me hace girar con velocidad. Se acerca por mi derecha. Es un corpulento bárbaro de cabellos rojizos corriendo hacia mí levantando una burda pero enorme hacha de guerra. El tiempo parece alentarse y puedo ver su fiero rostro, pintado con imágenes grotescas, desfigurado por el odio hacia mí.

Un súbito e inesperado trance nubla mi cabeza. No sé por qué recuerdo a mi hija de cuatro años. La veo sonreír en un brillante campo de irises.

Levanto el escudo aferrándolo con fuerza. El salvaje descarga el hachazo y casi puedo sentir como el brazo se me separa del cuerpo, como el de aquel legionario muerto, pero el escudo resiste el potente impacto. Mi cuerpo reacciona automáticamente, casi instintivamente, y al momento estoy hundiendo la espada en el costado del bárbaro. Mi afilado *gladius* entra por su curtida carne, ofreciendo un poco de resistencia cuando atraviesa los huesos de las costillas, hasta que el filo de la hoja casi desaparece dentro del torso del salvaje. Su cuerpo se contrae en un doloroso estertor acompañado de ese quejido indescriptible que lanzan los moribundos.

Siento una tibia lluvia sobre mi antebrazo. Es sólo la sangre de mi enemigo. Ha brotado en cuanto he desprendido mi acero de un tirón. El hombre pierde el control y cae de rodillas en el agua soltando el hacha, cuando reacciono ya le estoy pegando en el rostro con la orilla del escudo. Algo cruje en el impacto y el bárbaro cae

Aprende a vivir y sabrás morir bien

Confucio

pesadamente al río con la cabeza partida y un globo ocular colgando de la misma.

Giro en redondo para evadir otro ataque. La lanza de un bárbaro de cabello rubio pasa rozándome el rostro. No sé cómo logro esquivar ese ataque, solo sé que actúo frenéticamente a causa de la desesperación. Nuestras miradas, azul la suya y verde la mía, se encuentran por algunos segundos. Él, ruda lanza en mano; yo, civilizado y ágil *gladius* en la mía.

Vuelvo a pensar en mi hija, jugando felizmente entre aquellos irises. Curiosamente no puedo recordar el color de sus ojos.

Sus labios se mueven rítmicamente. ¿Magia negra? Aparto la lanza de mi adversario con el escudo y descargo un mandoble desde lo alto, dos palmos arriba de su codo. Mi hoja corta músculo y hueso, salpicándome su sangre en el rostro, metiéndose en mis ojos y boca. Es caliente y amarga. Aún con mi visión nublada puedo ver al bárbaro trastabillar con el miembro ensangrentado colgando aún del hombro por un pedazo de tendón. El hombre lanza espantosos alaridos que se pierden en el clamor de la batalla, hasta que la punta de la jabalina de uno de nuestros legionarios aparece en medio de su pecho. Observo al hombre vomitar sangre y caer de frente en las rojizas aguas.

A lo lejos Demetrio es atacado por la horda. Monta su corcel y acomete con fiereza, pero la de nuestros salvajes adversarios es equiparable o más demoniaca. Es una visión corta. Desaparece cuando un tumulto de bárbaros lo derriba del caballo y lo acuchilla en el suelo como a un puerco.

Puedo ver con claridad su tierna sonrisa, pero por más que lo intento no puedo recordar el color de los ojos de mi pequeña.

Los bárbaros continúan cerrando el círculo. A mí alrededor comienzan a apilarse los cuerpos ensangrentados de decenas de legionarios agonizantes y no menos de salvajes, todos teñidos de rojo. Contemplo los despojos de mis enemigos y les escupo. No hay tiempo de más, avanzan sobre mí aullando y blandiendo sus armas.

Un pesado impacto en el costado me derriba. Caigo al torrente sin aire en los pulmones. Tengo a un maldito perro germano sobre de mí. Puedo ver su enorme y pesada silueta turbia y ondulada a través de las aguas, las cuales



me apartan por un momento del infernal sonido de la batalla. Su rostro pareciera carecer de cuencas oculares.

Acaso los ojos de mi hija, quien tendrá cinco otoños después del solsticio de verano, sean de color miel, como los de su madre.

Mi atacante se inclina. Sé que se encuentra listo para descargar el golpe final, y con desesperación arrojo los dedos hacia él. Encuentro una grasosa coleta de su cabello. Antes de que él pueda reaccionar tiro de ella con ferocidad, arrancándola de su cráneo, llevándome parte de su cuero cabelludo con ella. El bárbaro cae a mi lado en el agua. Aprovecho ese segundo de libertad y me lanzo sobre él. Intenta luchar, pero es tarde, me encaramo sobre él y elevando el escudo sobre mi cabeza lo descargo como una filosa navaja sobre su robusto cuello, tal y como nos enseñaron los instructores en el cuartel. El empujón es devastador y su grito ahogado. Su cuerpo se convulsiona mientras agita, aún más, el agua a su alrededor, mas yo no cedo y tenso todos los músculos de mi cuerpo sobre él para arrancarle la vida lo más rápidamente posible. En el forcejeo puedo sentir como el escudo se abre camino destrozándole la traquea, hasta que sus desesperados miembros caen inertes para sumergirse en la rojiza agua. La cabeza me palpita cual si se me fuera a reventar. Me incorporo rápidamente rescatando el *gladius* de entre las aguas de aquellos rápidos. Ignoro en qué momento dejé de ver con claridad, ahora todo está sumergido en una espesa niebla roja.

Tengo que escapar. La formación se ha roto y estamos siendo exterminados como corderos en un matadero. No saldremos vivos de aquí sin líder ni organización. Marte, ¿en dónde han quedado las ofrendas que te hicimos? Me llevo la mano al cuello para tocar el ámbar de mi amuleto. Nada. Lo he perdido. Alguien roza mi hombro. Instintivamente levanto mi hoja para golpear, para efectuar la mejor defensa en este pandemónium. Más sólo es Marco Tulio. Tiene el pecho lleno de sangre, mas en la premura y mi visión enturbiada por los ya no tan densos nubarrones escarlata no puedo distinguir si es suya o de sus enemigos. “¡Huyamos!” me grita al oído.

Avanzamos entre la despiadada carnicería. Casi puedo sentir las toscas armas de los bárbaros sobre nosotros. Mi viejo camarada no puede seguirme el paso. Vuelvo la vista hacia él y lo veo caminar temblorosamente, desprendiéndose las placas de su armadura salpicadas de sangre. Al apartarlas finalmente algo cae al agua como vomitado por su cuerpo. Son pedazos de su intestino. La impotencia me domina mientras lo veo intentando evitar que las entrañas broten de su cuerpo, pero es inevitable. Sus ojos me miran buscando algún tipo de socorro. Los dioses me ayuden, nada puedo hacer. Al segundo siguiente mi amigo y compañero de toda la vida cae al agua, muerto. Me siento enloquecer; el desamparo y el abandono se apoderan de mí.

Quizás, reflexiono haciendo un tremendo esfuerzo por recordar, los ojos de mi hija sean verdes como los míos, ¿o grises como los de mi padre y los del ahora muerto Marco Tulio?

Una súbita silueta aparece de la nada. Prestidigitando con sus manos, ladra y ladra algo incomprensible que me desestabiliza y no puedo ignorar. Su mirada de gorgona busca la mía con imperante comando. Trato de evitarla, pero sucumbo a su mandato. Esos ojos de sangre me han congelado. ¿Un brujo aquí? Me parece tener frente a mí todas las miradas de todos los muertos por mis manos. Un resplandor rojizo surge de entre sus dedos y escucho que una flama surca el aire. ¿Estoy delirando? El golpe en el muslo acompañado de un terrible y agudo dolor es demasiado real para dudarlo. La miro. Es una flecha —cuyas plumas negras como nubes de tormenta crepitan encendidas— atravesándome la pierna, anunciándome a esos execrables cerdos como la ofrenda de la hecatombe. ¿Entonces, así es como se siente el final?

Un ronco grito brota a mis espaldas. En un desesperado impulso, recupero el movimiento y me vuelvo lanzando un golpe. No alcanzo a ver a mi enemigo con claridad, pero siento como el filo de mi espada corta de tajo el rostro de un hombre barbado que cae a mis pies lanzando espantosos alaridos. Debo haberle despedazado ambos ojos y la nariz.

Quizás no debimos haber entrado jamás a esta tierra salvaje. Aún no sé bien por qué lo hicimos y pensarlo ahora no sirve de nada. Sólo sé que en esta tierra lejana, sobre este arroyo sin nombre, es donde voy a morir. Puedo entrever a más de una decena de germanos cerrando un lacerante círculo en torno a mí, gritando en una lengua aterradora. Las piernas me tiemblan, el corazón me late aceleradamente. Estoy en pánico. Mas en el fondo yo sabía que tarde o temprano esto podía pasar. La muerte nos llega a todos, sólo les pido a los dioses el valor para aceptarla y el honor para enfrentarla.

Mi mente está en blanco, o casi en blanco. Sin embargo, mi herido cuerpo se mueve casi involuntariamente. Regresan las sombras rojas. Me rodean, apenas puedo percibir la realidad. ¿Será algún veneno en la flecha o los conjuros del germano con ojos de sangre? Pese a esto todavía puedo sentir mi *gladius* chocando contra sus burdas armas y mi enorme escudo golpeando sus sombríos cuerpos.

Mi hija juega y ríe entre esos irises que se mecen con la brisa. Juro que daría lo que fuera por acariciar una vez más sus delicados cabellos. Casi siento que puedo tocarlos.

Algo me golpea el hombro pesadamente. El dolor se expande por todo mi brazo con un cosquilleo frío. Creo que ha sido una maza de guerra. Ahora siento una punzada ardiente en mi costado. ¡Dioses, como quema en mi interior! Ni siquiera escucho mi propio grito cuando la mitad de aquella negra espada entra en mí. Jamás sentí un dolor así.

Ahora lo recuerdo con perfecta claridad, aquellos maravillosos ojos llenos de cariñosa alegría y deslumbrante belleza.

Me siento caer y cierro mis párpados. Me hundo rápidamente en las frías aguas del arroyo. Éstas me reciben con indiferencia y me abrazan de nuevo. Las salvajes siluetas me rodean con sus armas brillando intensamente. La oscuridad ya está sobre mí.

Sí, verdes. Sus hermosos ojos eran verdes. Los de mi hija. Policromáticos y llorosos los de esos niños a quienes yo dejé huérfanos. ☹

Oscar Mendoza Sánchez (Ciudad de México, 1978). Mexicano, licenciado en Diseño Gráfico, actualmente labora en la ciudad de Puebla. Desde temprana edad ama la lectura, disfrutando además las historias y leyendas de quien quisiera compartírselas. Su pasión por la historia, la fantasía y el terror lo han inspirado a elaborar proyectos personales plasmados en la escritura y la novela gráfica. Algunos autores a los que ha seguido son Robert E. Howard, J.R.R. Tolkien, Santiago Posteguillo, Michael Moorcock, Ben Kane y Mike Mignola, entre otros. El cuento lo envió de Ottawa, Canadá, su amigo Gerardo Barajas Garrido.